

La interdisciplinariedad filosófica de la palabra para el desarrollo integral de la persona

Galo Guerrero-Jiménez¹

INFORMACIÓN DEL ARTÍCULO

Historia del artículo:

Recepción: 10 de octubre, 2016

Aceptación: 10 de noviembre, 2016

Palabras claves:

Filosofía del lenguaje

Palabra

Interdisciplinariedad

RESUMEN

La fe en la vida se confirma a través del lenguaje, de las palabras que son las que nos dan el testimonio fiel de lo que es la vida humana. La palabra es el instrumento de lo vivido, es el medio que se enlaza entre el yo y el tú como sujetos actuantes. A través del yo y del tú, de la otredad, las palabras viven atentas, navegan por doquier, nos esperan siempre, nos retan, nos dan cuenta de la existencia humana: del amor pero también del desamor; de la alegría pero también del sufrimiento; de la esperanza pero también de la desazón; de la piedad pero también de la indiferencia; de la solidaridad pero también de la insensibilidad; la palabra para hablar pero también para escribir; la palabra nuestra frente a la palabra del otro; la palabra que nos recrea pero también que nos maltrata; pero, ante todo, la palabra como símbolo de la fecundidad para que la vida tenga el más pleno sentido de humanidad.

The philosophical interdisciplinarity of the word for the integral development of the person

ABSTRACT

Keywords:

Philosophy of language

Word

Interdisciplinarity

Faith in life is confirmed through language, words that give us the faithful testimony of what human life is. The word is the instrument of the lived, it is the medium that is linked between the self and the you as acting subjects. Through the me and the you, of the otherness, words live attentively, they sail everywhere, they always wait for us, they challenge us, we realize the human existence: of love but also of lack of love; Of joy but also of suffering; Of hope but also of restlessness; Of piety but also of indifference; Of solidarity but also of insensibility; The word to speak but also to write; The word of ours before the word of the other; The word that recreates us but also that mistreats us; But above all, the word as a symbol of fertility so that life has the fullest sense of humanity.

¹ Lingüista y Doctor en Filosofía. Profesor de la Universidad Técnica particular de Loja, Ecuador. Email: rguerrero@utpl.edu.ec

LA MAGIA DE LAS PALABRAS

Debemos trabajar siempre para que la palabra sea nuestra mejor carta de presentación. Parecería que la esencia del hombre es la palabra; sin embargo, por infinidad de circunstancias, estamos asistiendo a la degradación del lenguaje, es decir a la degradación de la persona cuando no piensa con rigor, cuando no razona con credibilidad, cuando no valora lo que dice y por ende lo que hace. Rodrigo Argüello sostiene que “asistimos a la no conciencia de las palabras, a un mundo donde lo más común es el lugar común. A un uso, en general, vago del lenguaje, en muchos casos impreciso, donde cada vez toma más fuerza, en todas las instancias, la proliferación de la palabra *ómnibus*, que sirven para todo y para nada (...), donde hay un miedo al adjetivo que verdaderamente califique al mundo, lo complete, lo resalte o lo modifique. (...) curiosamente, cuando pareciera que más se enriquece el lenguaje, menos usamos su riqueza” (2007, pp. 60-61).

En efecto, hay una riqueza admirable de lenguaje, de palabras profundas y con un sentido estético para la reflexión, para la crítica, para lo humano, para la vida bien vivida, en infinidad de obras literarias, filosóficas, teológicas, humanísticas y científicas en general; es decir todo un mundo mágico, regio de palabras que sirven para embellecer la vida. Sin embargo, un enorme colectivo humano ha perdido el amor y la pasión por la palabra escrita y por la palabra oral. Pululan por todos los rincones de la sociedad un lenguaje vago, vacío, impreciso, hiriente, mal oliente.

La magia de lo humano reside en las palabras cuando estas tienen la fecundidad de lo racional, de lo afectivo, y de lo espiritual especialmente porque apelan “a nuestra energía creadora. Espíritu es el dinamismo por el que la materia se vence a sí misma. Espíritu son las matemáticas, la música, la idea de Dios, la literatura, todas las arquitecturas que vencen la ley de la gravedad aprovechándose de ella, las

soberbias creaciones de la humilde materia humana que superan la concreción y las propiedades de la materia” (Marina y Pombo, 2013, p. 31). Y todo gracias a la magia de las palabras. “La verdadera magia está en comprender cuáles son las palabras que logran su cometido, y cuándo, y por qué” (Argüello, 2007, p. 63).

Por algo me dijo mi nietecita de cuatro años de edad, hace unos días, cuando le pedí que me alcance un libro: “Usa las palabras mágicas, Galo”, y yo le dije: “¿Y cuáles son esas palabras mágicas, Camila?” Y ella me dijo: “Por favor, lo siento, perdón, muchas gracias, tenga la bondad...” “Y por qué son mágicas”, le inquirí. “Porque logran con delicadeza lo que se quiere alcanzar de la otra persona; piensa, Galo, piensa”. Palabras sabias de una niña que las había aprendido en su “escuelita”. En efecto, “la palabra está en el centro de nuestra inteligencia y de nuestra convivencia. (...) Sin duda, las palabras sirven para vivir. Hacemos muchas cosas con ellas: comunicamos, convencemos, emocionamos, negociamos” (Marina y Pombo, 2013, pp. 37-38), amamos. “Pensamos con palabras y acabamos mirando desde las palabras” (Ibid, p. 38).

LA PALABRA Y SU PODER DE CONCIENCIA

Las cosas antes que ser objetos en sí mismas son palabras; la vida, lo humano, el universo, antes que ser lo que son, son palabras; sin ellas, la existencia, la vida, las cosas, el universo no tienen su razón de ser, no pueden ser tales, no llegan a ser realidad y ni siquiera es posible darle sentido a la realidad si no es a través de las palabras. “La palabra hace aparecer una realidad o la desaparece, puede iluminarla o hacerla aparecer, como también la oscurece o la desaparece” (Argüello, 2007, p. 39). Todo se construye y se destruye con palabras. Se aprende a ver el mundo, se aprende a conocerlo con palabras; mal o bien pero se aprende con palabras.

Ahora bien, la palabra oral o escrita está en función de la conciencia humana que la produce, que la elabora, que la interpreta, que la valora. La

conciencia humana le da sentido a la realidad, es ella la que crea significados con palabras. “todo el universo no es más que un almacén de imágenes, de signos, olores y sonidos” (Argüello, 2007, p. 31) que son asumidos a través de la palabra. La literatura, la música, la ciencia es hecha con palabras.

La palabra oral o escrita debe tener un poder de conciencia; pues, una palabra es más que una palabra; representa al mundo con toda su validez o lo descalifica con toda su desfachatez. Por eso urge la necesidad de formarnos para asumir el efecto que una palabra causa en quien la emite y en quien la recibe; sobre todo hoy en que asistimos a un mundo de lo fácil, de lo superfluo, en donde la palabra irresponsable semántica, pragmática, ortográfica, sintáctica y fonéticamente causa estragos, confusión y, sobre todo falsedades que desdican de la condición humana altamente dignificada de la que gratuitamente, pero con apego a la verdad, goza toda persona racional y consciente de su mundo, de su entorno, de su realidad.

La irresponsabilidad o la falta de formación, y sobre todo de un conocimiento adecuado de algún referente puntual, es tal como el ejemplo que a continuación cito de una reunión en un taller literario: “(...) en un pésima lección se dijo, con la seguridad del irresponsable, que el lenguaje literario se caracteriza por ser ambiguo, y el lenguaje científico por ser preciso. Cuando no hay nada más impreciso que este comentario, ya que nada es más preciso que la palabra poética, que el lenguaje propio de la literatura. Otra cosa es que después de su riguroso trabajo, sea capaz de producir en el receptor, múltiples interpretaciones, sensaciones o sentidos diferentes, ambiguos o contradictorios” (Argüello, 2007, p. 63).

Así es la palabra; depende en boca de quien esté para que incendie el mundo, para que lo destruya o para que lo dignifique desde la mayor altura de conciencia profunda que puede haber en una palabra que enseña, que orienta, que critica, y que asume en su más plena validez humana lo que ella contiene. En este contexto es oportuna la opinión de Galame-Griaule, citado por

Argüello: “La palabra, cual manifestación humana fundamental, es como la proyección sonora de la personalidad del hombre en el espacio; procede de su esencia, puesto que por su mediación puede relevarse su carácter, su inteligencia, su afectividad” (2007, p. 18).

En efecto, la proyección de la personalidad en la palabra es evidente: su vulgaridad o su profundidad son la esencia de lo que una persona es en su realidad cotidiana. Por ejemplo, José Antonio Marina manifiesta que “las creaciones humanas son formidables, y me interesa conocer de dónde proceden, cuál es la fuente de esas ocurrencias. Es una curiosidad genealógica o arqueológica: ¿Qué hay en la mente humana antes de que profiera algo, antes de que se lance a pintar, a componer música, a escribir, a emprender aventuras?” (Marina y Pombo, 2013, pp. 42-43).

COMUNICARSE ES UN ACTO DE SABIDURÍA

El vivir humano es complejo, pero tenemos infinidad de oportunidades para que las complejidades se vuelvan una hermosa manifestación de aprender a vivir. La manera de pensar a través del lenguaje nos permite expresar toda la riqueza interior que se genera en cada cerebro humano para entrar en contacto con el mundo. El poder de realización que puede ejercer cada individuo para manifestar su condición de persona desde la palabra es infinito; es decir, por más que los conflictos nos atolondren, siempre habrá oportunidades para resguardar y manifestar nuestra mejor condición humana en cada acto conversacional.

Y es la palabra la que nos permite garantizar nuestra existencia; de hecho, con la palabra corremos también el riesgo de que nuestra condición humana sea atropellada. De ahí nuestra capacidad personal para aprender a proyectarnos con la mejor calidad de lo humano, desde la palabra plena, transparente, oportuna, vivificante y lista para influir desde un modelo que sea humanista e integrador.

El biólogo chileno Humberto Maturana sostiene que “como el vivir humano tiene lugar en el lenguaje, ocurre que el aprender a ser humanos lo aprendemos al mismo tiempo en un continuo entrelazamiento de nuestro lenguaje y emociones según nuestro vivir. Yo llamo conversar a este entrelazamiento del lenguaje y emociones. Por esto el vivir humano se da, de hecho, en el conversar” (2010, p. 11).

Por lo tanto, de conformidad como sea nuestro vivir, es el conversar. En efecto, “somos como hemos vivido. (...) El conversar es un modo particular de vivir juntos en coordinaciones del hacer y el emocionar. Por eso el conversar es constructor de realidades” (Maturana, 2010, pp. 22-23). ¿Qué realidades proyecto cuando converso o en qué realidades me muevo con mí conversar? ¿Qué construyo, en definitiva, mientras me muevo con mi particular manera de utilizar la lengua?

El neurolingüista Robert Dilts sostiene con acierto que “las palabras son *estructuras superficiales* que tratan de representar o de expresar *estructuras profundas*. Para comprender realmente y aplicar con creatividad determinado patrón de lenguaje, debemos interiorizar su ‘estructura más profunda’, de lo contrario, nos estaremos limitando a imitar o a repetir ‘como un loro’ los ejemplos que se nos hayan propuesto. Así pues, es importante que el aprender y practicar *El poder de la palabra* sepamos distinguir la magia genuina de los trucos ‘triviales’. La magia del cambio proviene de la capacidad para acceder a algo que está más allá de las propias palabras” (2008, pp. 17-18).

El lenguaje, la conversación, la palabra humana es, en definitiva, un asunto extraordinario. Está en uno como si fuese, y de hecho lo es, un inmenso poder de realización, o también de destrucción si no se canaliza adecuadamente este ilimitado potencial conversacional que le es exclusivo al ser humano. Comunicarse, como dice Maturana, es un acto de sabiduría, si de por medio nuestra exigencia conversacional, pensante, está sujeta a una reflexión sicolingüística, es decir, de interiorización en su estructura más profunda; y

en su estructura superficial si el diálogo o mi pensar es meramente trivial.

¡Cuánta magia, cuánta sabiduría!, por ejemplo, cuando se pronuncia la palabra adecuada en el momento oportuno. En definitiva, tanto la palabra hablada como la palabra escrita configuran nuestros modelos mentales, y con ellos analizamos nuestra realidad mundana, y por ende, con ellos nos proyectamos y reaccionamos ante las realidades particulares que cada ser humano lleva a cabo en su diario convivir.

EL LENGUAJE ES NUESTRA REALIDAD

Cada ser humano tiene su propia visión del mundo, y de conformidad con esa visión juzga e interviene en ese mundo, en su realidad tanto objetiva como en la que él a partir de su subjetividad le corresponde crear cada que se relaciona con el mundo en su diario vivir. Y es el lenguaje el que crea aquí un punto vital para esa realización mundana. Robert Dilts señala que “esta visión se basa en los mapas internos que hemos ido construyendo a través de nuestro lenguaje y de nuestros sistemas sensoriales de representación, como resultado de nuestras experiencias vitales individuales” (2008, p. 33).

En efecto, cada individuo tiene su propio modelo mental con el cual interviene en el mundo. Estos “modelos mentales de la realidad determinan, más que la propia realidad, el modo en que actuaremos” (Dilts, 2008, p. 33). Por eso, “dada una misma realidad, si enriqueces o expandes tu mapa del mundo podrás percibir más opciones disponibles. Como resultado de ello, actuarás con más eficacia y mayor sabiduría, sea lo que sea lo que estés haciendo. (...) Cuando más extenso y rico sea tu mapa del mundo, más posibilidades tendrás para manejar los retos que la realidad te plantee” (Dilts, 2008, p. 34).

Por eso es que, con plena seguridad, “desde la perspectiva de la programación neurolingüística, nuestra experiencia subjetiva es nuestra ‘realidad’, y es prioritaria ante cualquier teoría o interpretación con ella relacionada” (Dilts, 2008, p. 37); incluso hasta para analizar el mundo

de la investigación experimental que, por su propia naturaleza, es absolutamente objetivo. Y como sabemos, no hay otra manera de expresar nuestra realidad del mundo que desde la lengua. Y por supuesto que esta experiencia subjetiva, es decir “nuestro discurso oral tiene lugar en un contexto de situación; es decir, en un conjunto de circunstancias de carácter social, emocional y cultural que determinan el acto lingüístico” (Díaz, 2009, p. 4) y por ende nuestra subjetividad, muy propia y muy real.

En este contexto es muy importante el tipo de modelo mental que tenemos para analizar el mundo. Si es nuestro carácter subjetivo el que mejor nos relaciona con nuestra realidad, entonces, “el mundo en que vivimos es el mundo que nosotros configuramos y no un mundo que encontramos” (Maturana, 2010, p. 30). De hecho, “el mundo en que vivimos lo configuramos en la convivencia, incluso cuando hablamos de lo interno y lo externo” (Maturana, 2010, p. 31). Por lo tanto, “lo que nos pasa siempre tiene que ver con nosotros porque vivimos el mundo que nosotros mismos configuramos en la convivencia, el lenguaje resulta fundamental porque es el instrumento con que configuramos el mundo en dicha convivencia” (Maturana, 2010, p. 35).

El lenguaje, al igual que las emociones, es nuestra realidad. El mundo que configuramos, el mundo que vemos y en el cual nos realizamos fluye porque “nuestra experiencia es la materia prima a partir de la cual creamos nuestros modelos del mundo. Es nuestra experiencia primaria la que aporta vibración, creatividad y sensación de singularidad a nuestra vida” (Dilts, 2008, p. 37). Se crea así, y se recrea un mundo de palabras gracias al discurso oral y escrito que configuramos como producto de esa experiencia con el mundo de uno y con el mundo de los demás.

En conclusión, que sea nuestro mapa mental el que mejor exprese nuestra condición humana; que nuestra convivencia y compromiso con la sociedad se alimenten “cada día con la experiencia, con la escucha analítica, con la lectura reposada y proactiva, y con la reflexión permanente” (Moreno et al, 2014, p. 3).

LA PALABRA VA MÁS ALLÁ DE LO LITERAL

La palabra por sí sola significa pero no comunica, ella nos muestra su literalidad, incluso se galantea mostrándonos su polisemia pero no da lugar a ningún tipo de mensaje en tanto no entre en contacto con otras palabras que solo en la oración, es decir dentro de un enunciado sintáctico nos puede remitir a un acto plenamente comunicacional; pues, las palabras son signos mentales que representan y significan el pensamiento (Pazo, 2011) y solo tienen validez interpretativa cuando se exteriorizan oracionalmente en actos de habla.

En este sentido, no solo la organización sintáctica es la que nos permite conocer la intención del emisor; el nivel semántico y el nivel pragmático contribuyen no solo al conocimiento de un acto comunicativo sino a su real interpretación. Como señala Liliana Pazo, “lo propio del saber no es ni ver ni demostrar, sino interpretar” (2011, p. 36).

La palabra, por lo tanto, en cuanto solo conocimiento, es decir en cuanto solo denotación no nos invita a ir más allá de lo que ella puede representar y connotar. Es en compañía de las demás palabras y desde un ámbito de conciencia lingüística en que los usuarios (emisor y receptor) no solo expresan un lenguaje literal para que la palabra permanezca inmutable, adormecida o aletargada; sino más bien para que la palabra en su estado de vida, de viveza, de augurio, de contagio, se convierta en una experiencia personal, muy honda, muy sentida, la cual se enuncia desde una entidad psíquica, es decir, desde un estado del alma muy especial en que la palabra ya no sale meramente del cerebro o de la corporalidad, sino desde lo más selecto del espíritu humano.

En este orden, el lenguaje no es solo representativo ni solo conocimiento; es enormemente creativo, está en nuestra constitución biológica pero debe ser recreado artísticamente; no debe emitirse desde la rutina, ni desde el compromiso interesado sino desde la

más fecunda expresividad espiritual; solo así, las palabras, es decir, los actos de habla, le dan sentido a la realidad porque nos sirven para expresar el mundo, no solo para reproducirlo.

Desde el lenguaje el mundo se convierte en una tarea personal. Como señalan Álvaro y Pombo, “la gran tarea es dar a luz un mundo personal valioso, y contarlo” (2013, p. 49) mediante un proyecto, mediante una vocación, a través de un deseo, de una esperanza, de un poema, de un cuento, es decir, de un hecho de vida, ante todo porque “la palabra está en el centro de nuestra inteligencia y de nuestra convivencia” (Álvaro y Pombo, pp. 37–38).

Desde esta óptica las palabras, tanto habladas como escritas, no son meras estructuras superficiales; desde la inteligencia y desde una bien trazada convivencia humana deben convertirse en estructuras profundas. Merleau-Ponty señala que “el lenguaje tiene significado cuando, en lugar de copiar el pensamiento, se deja deshacer y rehacer por él” (Álvaro y Pombo, 2013, p. 44). Se trata, por lo tanto, de una manifestación transformadora y adecuadamente integrada en su quehacer humano emotivo y siempre con la atención no desde la literalidad de la palabra sino desde una actitud interpretativo–espiritual puesta en las consecuencias que ella puede generar. Por algo lo señala muy bien Humberto Maturana (2010, p. 81): “El fenómeno espiritual es un estado de conciencia, un modo de vivir una cierta dinámica de relación más o menos abarcadora de las distintas dimensiones del vivir humano. Una experiencia de esa clase tiene consecuencias en todas las dimensiones del hacer y del relacionarse, y por esto es transformadora”.

LENGUAJE, RAZÓN Y EMOCIÓN

Es verdad que lo humano no se constituye ni se legitima solo desde la razón; lo racional está validado, fundamentalmente, por las emociones que el ente humano experimenta a diario en contacto con el mundo. Pues, “las emociones tienen una presencia que abre un camino a la responsabilidad en el vivir” (Maturana, 2010,

p.46). Por lo tanto, la razón para que no sea la producción de una mera objetividad, se complementa, se afianza y se proyecta desde lo más profundo de la subjetividad humana, es decir desde las emociones más sentidas que se canalizan desde el lenguaje. A decir de Humberto Maturana, “el lenguaje es mucho más importante para la convivencia de lo que habíamos creído hasta ahora..., lo mismo que las emociones” (2010, p. 38).

En efecto, en cada espacio de convivencia, lo racional desde el “lenguajear”, es decir, desde el diálogo, se combina emocionalmente; se trata de un entrelazamiento de ideas, de pensamientos racio–emocionales que nos impulsan a reflexionar sobre nuestro quehacer no solo desde la razón, sino desde la emoción que es la que nos permite verificar las consecuencias que nuestro modo de vivir produce en los demás cuando uno se encuentra con el otro. Pues, entre razón y emoción “uno aprende el mundo que uno vive con el otro” (Maturana, 2010, 45) dado que desde el “lenguajear” “el otro lo puede escuchar a uno solamente en la medida en que uno acepta al otro; (...) la aceptación del otro se da en la emoción y no en la razón. Esto podemos apreciarlo en los niños pequeños. Cuando uno se acerca a un niño y uno le habla fuera del espacio emocional en que el niño se encuentra, este no se acerca a uno. Uno le ofrece la mano y el niño no la toma. Pero, en el momento en que uno se encuentra en la aceptación del niño, en su emoción, el niño toma la mano. Ese gesto de tomar la mano es una acción que constituye una declaración de aceptación de la convivencia”. (Maturana, 2010, pp. 45–46).

En este sentido, estamos ante un fluir de la vida y desde una experiencia en la que el lenguaje, la razón y la emoción se combinan admirablemente. Maturana afirma que “así como el vivir humano se da en el conversar, el emocionar le sucede a uno en el fluir del conversar, y esto tiene una consecuencia fundamental: si cambia el conversar, cambia el emocionar, y lo hace siguiendo el curso del emocionar aprendido en la cultura que uno vive y ha vivido. Es debido a esto el efecto terapéutico de la reflexión como un operar que lo centra a uno en

su cultura y en lo fundamental de lo humano que es el amor” (2010, pp. 46–47).

En efecto, el poder de reflexión, que no es otro que el análisis de nuestro decir, es decir, de nuestra conversación, de nuestro “lenguajear”, nos lleva al amor más sentido no solo de lo humano, sino a la convivencia más fraterna de todo cuanto existe en la naturaleza. Surge así, entonces, un lenguaje del amor. Una vez más, Maturana nos ilumina al respecto cuando sostiene que “el amor es el dominio de las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en convivencia con uno” (2010, p. 46).

Nuestras acciones humanas, por lo tanto, no son otras que acciones de lenguaje desde la razón, pero ante todo desde la emoción; pues, ocurren en la vida cotidiana desde un continuo entrelazamiento dialógico, emotivamente conversacional bien al hablar, al escribir, al leer y al escuchar. Pues, son estos los espacios en los que las palabras, sobre todo desde nuestro potencial interior, llegan a tener su sentido pleno, honesto y significativamente humano, sobre todo de gozo en el vivir cuando aprendemos a reaccionar adecuadamente ante lo bueno y lo noble que a veces nos depara la vida.

LENGUAJE, DISCURSO Y ESTILO

En conclusión, cada ser humano tiene su manera muy particular a la hora de comunicarse al hablar, al escribir, e incluso, al leer: hay un estilo muy personal para entender y para interpretar y valorar ese texto escrito. Con mucho acierto Mijail Bajtin (2011) señala que “todo enunciado, oral, escrito, primario, secundario y de cualquier esfera de la comunicación discursiva es individual y en consecuencia puede reflejar la individualidad del hablante (o el escribiente), o sea, puede tener estilo individual” (p. 15).

Ese estilo individual es el que marca, desde la lengua, el ritmo de vida de ese ciudadano que pertenece a un rango de actividad determinado que se identifica por la profesión u ocupación que a diario lleva a cabo; por lo tanto, en esa actividad que ejerce ese ciudadano y todos los que

pertenecen a ese campo o área de productividad social aparece un uso de la lengua muy particular que “elabora sus tipos relativamente estables de tales expresiones a las cuales llamamos géneros discursivos” (Bajtin, 2011, p. 11).

En efecto, cada esfera de la actividad humana, es decir, cada área de trabajo tiene su propio género discursivo pero que es asumido por una forma de enunciación individual por cada ciudadano. La lengua, en este caso, tiene su propio repertorio de términos específicos, pero es el habla o la escritura de cada individuo la que asume a su manera ese hecho de lengua. Por eso, Bajtin señala que “la lengua surge de la necesidad de la persona de expresarse, de objetivarse. La esencia de la lengua, de una u otra forma, por uno u otro camino, se ciñe a la creación espiritual del individuo” (2011, p. 22).

Sin embargo, en esa necesidad que el ser humano tiene para expresarse, a la par que aparece la grandiosidad del lenguaje para comunicarnos y robustecer nuestra racionalidad y emocionalidad desde el más pleno sentido humano, aparece también ese ángulo de vida que nos deshumaniza. Se trata de una conducta, en donde “la agresión, la competencia, la lucha, el control, la dominación, una vez establecido el lenguaje, se pueden cultivar y de hecho se cultivan en la cultura patriarcal, pero cuando pasan a conservarse como parte constitutiva del modo de vivir de una cultura, los seres humanos que la componen se enferman, se oscurece su intelecto en la continua auto negación y pérdida de dignidad de la mentira y el engaño o, en el mejor de los casos, las comunidades humanas que la componen se fragmentan en enclaves sociales pequeños en continua lucha unos con otros” (Maturana, 2010, p. 139).

En estos casos, el intelecto humano que está llamado a producir los mejores hechos de vida, se enferma, como dice Maturana, se descompone y produce deterioro y grados de brutalidad sin nombre. El raquitismo del lenguaje, en estos casos, produce enunciados para la decadencia cultural. La palabra que es vida y comunicación pierde su sentido humano. El género discursivo que ese individuo debe

practicarlo con ética y desde el mejor conocimiento de la lengua ha pasado a convertirse en un instrumento de deterioro, y así se instala en esa comunidad humana, afectando, por tanto, a cada uno de sus miembros que, con preocupación, observan cómo se mancilla la mansión de lo humano en todos los frentes o áreas discursivas. Una de esas áreas, quizá la más deteriorada es la del discurso político. Al respecto George Steiner dice: “Los alcances del hombre tecnológico, en cuanto ser sensible a las manipulaciones del político y a las propuestas sádicas, se han prolongado considerablemente hacia la destrucción” (2013, p. 13).

LA PALABRA ES AMOR QUE PROTEGE

Aunque estamos en una sociedad digital marcada por la imagen y la musicalidad y por un tipo de lenguaje raquítrico, obscuro y altamente erotizado, el lenguaje, es decir la palabra, sigue siendo el mejor medio para comunicarse institucional, familiar y profesionalmente; así, la sociedad en general, es la que marca, de manera paulatina, los estándares de culturización a través de la lengua.

Una lengua para la música, porque ahí está la palabra, una lengua para la tecnología digital, porque ahí está la palabra, una lengua para el romance, para el amor humano en donde la palabra cumple un papel vital. Desde la palabra se cultiva el amor y desde ella el deseo enorme de demostrar que el ser humano es capaz de asumir su más alta condición de racionalidad, de emocionalidad y de espiritualidad.

Desde la palabra “el yo amante se expande entregándose al objeto amado. El amor es la supervivencia del yo a través de la alteridad del yo. Y por eso, el amor implica el impulso de proteger, de nutrir, de dar refugio, y también de acariciar y mimar, o de proteger celosamente, cercar, encarcelar. Amar significa estar al servicio, estar a disposición, esperando órdenes” (Bauman, 2015, p. 25) siempre a través de la palabra que es la que mueve a la persona a la realización de un actividad asumida amorosamente.

La palabra debe estar a la altura de lo que significa el amor. La palabra, en consecuencia, es amor que protege, respeta y valora, pero desde ese mismo amor la palabra está para denunciar, para reflexionar, para criticar y para corregir a aquel que no quiere amar, que no quiere construir desde el sentido de justicia, de honradez y desde la más sentida axiología antropológica y ética que es la que en consideración al mejor impulso amoroso debe mover al ser humano al encuentro con la otredad.

La palabra, por lo tanto, al mejor servicio de lo humano, de lo divino y de lo mundano. La palabra, en la educación escolarizada, sobre todo porque ellas, la educación y la palabra, marcan el destino del ser humano. La palabra activa en la educación para el desarrollo de las inteligencias múltiples para salir de la triste realidad en la que aún vive anquilosada en “la imposición de una cultura homogénea, eurocéntrica y abstracta (...) y de conocimientos fragmentados, incluso memorístico y sin sentido, distanciado de los problemas reales, que lógicamente está provocando generalizado aburrimiento, desidia y hasta fobia a la escuela y al aprendizaje” (Pérez, 2012, p. 19), y todo desde la palabra que permite este tipo de conductas antihumanas.

Por supuesto, en el uso de la palabra adecuada o mal encaminada existen, como sostiene George Steiner “complejas razones sociales y psicológicas. El ritmo de la vida urbana e industrial nos deja agotados al caer la noche. Cuando estamos cansados, la música, incluso la música difícil, es más fácil de disfrutar que la literatura seria. Exalta el sentimiento sin mortificar el cerebro. Permite el acceso a las obras maestras, incluso a los que carecen de formación. No separa a los seres humanos en islotes de intimidad y silencio, como hace la lectura de un libro, sino que conjura en ellos esa ilusión comunitaria que tanto anhela nuestra sociedad” (2013, p. 48), y todo desde la palabra en cualesquiera de sus vertientes humanas para unir, para amar, pero también para maldecir o para vociferar sin son ni ton, al estilo de los malos políticos y de todos aquellos que encogen al mundo antes que contribuir a su desarrollo armónico desde el concepto de la

palabra culta que es la que fluye desde una polifonía sostenida en calidad humana.

BIBLIOGRAFÍA

Argüello, R. (2007). *Los destinos de la palabra. De la palabra poética y concreta a la palabra en el archipiélago de las tecnologías...* Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio. Palabra Magisterio.

Bajtin, M. (2011). *Las fronteras del discurso. El hablante en la novela*. Traducción de Luisa Borovsky. Buenos Aires: Las Cuarenta.

Bauman, Z. (2015). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Traducción de Mirta

Rosemberg y Jaime Arrambide. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Díaz, Á. (2009). *Aproximación al texto escrito*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Dilts, R. (2008). *El poder de la palabra. Programación neurolingüística. La magia del cambio de creencias a través de la conversación*. Traducción de David Sempau. Barcelona: Urano.

Marina, J. y Pombo Á. (2013). *La creatividad literaria*. Barcelona: Editorial Planeta. Ariel.

Maturana, H. (2010). *El sentido de lo humano*. Buenos Aires: Granica.

Moreno C. et al. (2014). *Cómo escribir textos académicos según normas internacionales*. Barranquilla: Editorial Universidad del Norte.

Pazo, L. (2011). *Actos de lectura. Aportes teóricos a la práctica literaria*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Pérez, Á. (2012). *Educarse en la era digital. La escuela educativa*. Madrid. Ediciones Morata, S.L. y Ministerio de Educación y Cultura del Ecuador.

Steiner, G. (2013). *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo humano*. Traducción de Miguel Ultorio. Barcelona: Gedisa.